



# Por qué América Latina se inclina hacia la izquierda

*Recibido el 02 agosto de 2008.  
Aprobado el 26 de abril de 2009.*

*Gustavo Arango Soto<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor titular del Centro de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana. Dirección del autor: arango.gustavo5@gmail.com

**Resumen**

América Latina vive una situación de deterioro franco en su desarrollo y en la posibilidad que tienen sus ciudadanos de realizar sus proyectos de vida. Esa situación, sin embargo, no es nueva, es el resultado de una estructura que se comenzó a moldear cuando los primeros europeos llegaron a esta parte del mundo y decidieron implantar aquí sus estructuras sociales, políticas, económicas y en general, su visión de lo que debería ser la sociedad humana, creando países en los cuales ha reinado la inequidad como un fenómeno crónico. Si le sumamos a esto una clase dirigente inepta y corrupta ligada a partidos políticos más parecidos a una mafia (sociedad de intercambio de favores) que a colectivos dedicados a pensar el desarrollo resulta evidente que nos encontramos ante una coyuntura de cambio estructural en el cual, una izquierda democrática debería tener la opción de gobernar y de implantar esquemas más justos de distribución de la riqueza y de oportunidades más amplias para todos los sectores sociales.

**Palabras clave**

América Latina, Izquierda democrática, Teoría política, Política colombiana, Socialismo.

**Abstract**

Latin America lives a situation of marked deterioration regarding its development and the possibility its citizens have to accomplish their life goals. Nonetheless the situation it's not new but the result of an structure that started to mold when first europeans arrived to this part of the world and decided to impose their social, political and economic structures, and, in general, their vision on what the human society should be, creating countries in which the inequality has prevailed as a Chronic phenomena. If we add to all this situation an incompetent and corrupt ruling class, associated to political parties more similar to a mafia (favor exchange society) than groups dedicated to think about development, it looks clear that we stand before an structural joint of change in which, a democratic left should have an option to govern and apply outlines that are fair on the wealth distribution and wider on opportunities for all social sectors.

**Key words**

Latin-America, Left democratic, Political theory, Colombian politics, Socialism.

## El despojo

El oro Americano corrió abundante como la sangre cuando España puso su pie en el nuevo mundo, descubierto para los europeos, cuando Colón



desembarcó en algún lugar del Caribe en el año de 1492; sin embargo, esta tierra había sido descubierta, varios miles de años atrás, por grupos de cazadores y recolectores que fueron penetrando el continente de norte a sur, apropiándose de sus abundantes riquezas naturales, aquellas, que para ellos tenían valor y en ese proceso construyeron culturas con una gran variedad de formas de organización social, lenguas, cosmologías, formas de relación con la naturaleza y cultura material, que iba desde la elaboración de vestidos hasta la construcción de amplias ciudades de piedra, caminos trazados con precisión, artes de todo tipo y todo ello en una diversidad tal, que hubiera asombrado poder conocerlo en ese entonces, si pudiéramos hacerlo con la mirada que podemos lanzar hoy sobre hechos como esos, pero los ojos de los conquistadores no vieron cultura, ciencia o arte en aquello que se presentaba ante su vista, solo vieron ídolos que destruir, salvajes que convertir a sus propias costumbres, y los hombres y mujeres libres, cuya vida discurría en aldeas, ciudades e imperios, solo tuvieron para ellos el valor de siervos a su disposición y se comportaron entonces como los nuevos amos de la tierra recién conquistada, sometiendo al escarnio y al trabajo forzado a quienes desde tiempos inmemoriales, habían sido dueños y señores de toda la tierra americana y realmente habían sido sus descubridores legítimos.

La conquista española se presentó de una manera radicalmente diferente a la de Norteamérica, pues allí la ocupación europea fue relativamente tardía ya que sólo hacia mediados del siglo XVII se dieron los primeros asentamientos en esas tierras y se fundaron las primeras ciudades, y no precisamente por conquistadores sino por familias completas que llegaban en busca de un nuevo lugar donde trabajar y poco a poco colonizaron la costa Este de los actuales Canadá y Estados Unidos, estableciendo con los pobladores americanos, originales de su entorno, una relación de cierta coexistencia, facilitada porque el territorio era inmenso y los grupos indígenas eran dueños de casi todo el continente y también porque los recién llegados sólo penetraron en el corazón del mismo, ya avanzado el siglo XVIII y durante todo el XIX, ya que la corona británica, dueña inicial de la colonia, se había negado a permitir la expansión hacia el Oeste de unos colonizadores cuyo control podría perderse en la inmensidad de los bosques y praderas, ocupados hasta entonces solo por sociedades indígenas en diverso grado de desarrollo y por una fauna natural de gran riqueza, útil hasta entonces sólo para sus originales pobladores.



A los conquistadores españoles, mientras tanto, la sed del oro no les dejó ver nada más, no pudieron apreciar ninguna otra cosa, no tenían interés en la posibilidad de considerar el trabajo diario como opción de vida y entonces se lanzaron al saqueo sistemático del que no escaparon ni siquiera los territorios sagrados donde reposaban los antepasados con la compañía silenciosa de sus ofrendas funerarias, estos fueron violados, las tumbas fueron abiertas, las vasijas quebradas, los huesos expuestos a la intemperie y el oro que se había usado por manos expertas para fabricar con él los símbolos de una cultura fue fundido para convertirlo en monedas que eran enviadas al rey de España, insaciable en su necesidad de riquezas para financiar sus infinitas guerras contra todos los otros grandes de Europa.

Para calmar el ansia de conquistas y riquezas y evitar la confrontación entre sus propios aliados, el Papa les adjudicó a España y Portugal una porción de tierra americana, que tampoco era suya, ni de esos reinos, sino de sus naturales habitantes que permanecieron ajenos al arreglo que se llevó a cabo sin que se les preguntara cosa alguna sobre su propio destino; este fue sellado y acordado en los ires y venires de la diplomacia de Europa y los antiguos pobladores se vieron así despojados de aquello que habían recibido en herencia de sus padres y estos de los suyos hasta un tiempo tan lejano que si hubiéramos mirado a Europa en ese entonces, cuando los primeros descubridores recorrieron en canoas el caribe y fundaron sus primeras aldeas en la costa que después sería de Colombia, la habríamos encontrado habitada por hombres de las cavernas, lejos de las edades del hierro y el bronce, dedicados ellos también a explorar su mundo y a la cacería de bisontes, ciervos, osos y caballos salvajes.

La tierra común de la aldea indígena americana fue adjudicada entonces por cédulas reales a los españoles conquistadores y adelantados, sin reconocimiento alguno a la propiedad de la misma desde esos tiempos inmemoriales y aquellos que eran despojados pasaron de dueños a peones asimilables casi a los esclavos del mundo antiguo llegándose a dudar incluso si serían o no seres humanos.

Finalmente y a través de amplias discusiones por los eruditos en esos asuntos, se llegó a conclusión de que sí lo eran, aunque en una especie de minoría de edad, se aceptó también que tenían alma aunque



la tenían perdida por la idolatría de imágenes que representaban a tantos dioses que era imposible nombrarlos a todos; el despojo se legitimó entonces con la idea de la cristianización de estos pueblos a quienes se negó entonces y hasta tiempos recientes el uso de sus lenguas maternas, el habito de sus ropas, su comida, sus costumbres sociales, la forma de construir su casa y su pueblo y se les obligó a adoptar como propia una cultura ajena y extraña que fueron asimilando poco a poco, con el correr de las generaciones, en un proceso simultáneo con el olvido de la suya, que les había pertenecido por derecho propio y les había sido quitada por la aplicación de un derecho ajeno.

Surgió entonces el campesino latinoamericano, siervo por generaciones, viviendo en choza con piso de tierra, techo de paja, en un solo espacio interior que tenía que servirle para guarecerse de los elementos, descansar el cuerpo maltrecho por el trabajo agobiante de todo el día, hacer su vida familiar y social y guardar las pocas pertenencias, choza que se complementaba con una cocina rudimentaria en la parte de afuera para que el humo de la leña no fuera a molestar, ya que el fogón debía estar prendido el día entero cocinando los pocos productos de la tierra que podían obtenerse con el magro salario regateado por sus opulentos amos, nunca saciados en su infinita avaricia de riquezas; a la casa campesina se llegaba por un camino agreste, el mismo que sus hijos caminaban todos los días hasta alguna lejana escuela, cuando esta existía, sabiendo que también sus hijos serían siervos sin posibilidad de redención, por todos los tiempos hacia el futuro, mientras los dueños de la tierra y de ellos mismos, se trasladaban a vivir en las nuevas ciudades levantadas según los deseos de Juan de Herrera, un arquitecto que diseñaba palacios y ciudades reales al otro lado del Atlántico y que nunca vino a esta parte del mundo a ver si era posible plantar aquí nuevas Andalucías o nuevas Castillas o nuevas Españas, simplemente se dieron órdenes desde Madrid acerca de como debería ser el pueblo, la casa, los muebles, la ropa, la educación, las fiestas; y todo pasaba por los despachos de los secretarios reales y por la laberíntica red de funcionarios que todo lo decidían a distancia sin tener consideración alguna con los nietos y biznietos de los conquistadores, que ya llevaban aquí generaciones suficientes como para considerarse dueños y señores y para considerar como suya esta tierra, estos climas, estas selvas tropicales y esta forma de vida que nada tenía que ver ya con las cortes de sus reyes ausentes y distantes.



Entonces, estos que siguieron viniendo desde el otro lado del mar y se quedaron aquí a vivir sus vidas en valles y montañas y se habían apropiado de todo el espacio disponible, tanto en el campo como en los nuevos centros urbanos, decidieron que igualmente deberían ser suyos todos los puestos de mando y comenzaron a sentirse discriminados por el poder de España, que no los veía con el mismo valor que a los nacidos allí, en los barrios de Sevilla, Barcelona, Bilbao, Salamanca o Palos de Moguer. Porque aquí, el regidor y el oidor, los miembros de la real audiencia, los encomenderos, y todos los que tenían poder y mando, venían de Europa; los aquí nacidos rápidamente fueron segundones y su única posibilidad sería el comercio sin grandes ínfulas, y vivir a dos o tres cuadras de la plaza, porque el marco de la misma estaba reservado “a las personas españolas de más lustre”, como lo dictaminó el cabildo de una Medellín que aún estaba en sus inicios y que ni siquiera se llamaba así, cuando ordenaron que los mulatos, mestizos, indios y negros que tuvieran propiedad cerca a la plaza fueran expropiados y enviados a vivir a los arrabales.

El blanco español al poder, el blanco criollo a su tienda o a su empleo, el mestizo, el mulato, el indio y el negro a la servidumbre y quizás a la artesanía, siempre y cuando los intereses de la Casa de Contratación de Sevilla no lo impidiera.

El oro de las minas, mientras tanto, pasó a ser trabajado por los esclavos traídos del África pues los habitantes originales se habían agotado en medio de las luchas de conquista o diezmados por las pestes para las cuales no tenían resistencia biológica y los pocos que quedaron vivos se convirtieron en siervos de la gleba o huyeron a los lugares más agrestes donde intentaron continuar con su vida de indios como equivocadamente se les llamó, pues Colón nunca supo que había llegado a esta tierra sino al oriente de las especias y por eso les puso ese nombre, que con el tiempo llegaría a tener connotación de insulto y de desprecio por todos aquellos que se vanagloriaban de tener sangre pura sin mezclas de colores exóticos.

Decidieron contar con el trabajo esclavo de los nuevos habitantes de América, miles de africanos embarcados a la fuerza y vendidos en plaza mayor, en pública subasta y a buenos precios, pues eran una raza fuerte y resistente a las inclemencias del tiempo, al dolor de los azotes, a



la incomodidad de los grilletes y a la condena eterna a un trabajo de bestias sin más esperanza que lograr escaparse a los palenques que comenzaron a aparecer en sitios recónditos donde sus amos no pudieran cazarlos de nuevo.

Con la fuerza de sus trabajo se obtuvieron dineros que fueron utilizados para comprar las tierras que no habían sido adjudicadas por el rey o por los cabildos y luego el producto de las minas y las tierras se utilizó para comprar mercancías en aquella parte de Europa que iniciaba un largo proceso hacia la industrialización; de esa manera España obtuvo una ganancia pírrica pues si bien y en su momento se quedó con la diferencia entre el precio de compras de esas mercancías y el que cobraba por ellas en América, con el correr del tiempo terminó pagando con oro ajeno, el proceso de desarrollo de los Países Bajos y de Inglaterra, de Francia y de los Estados alemanes que pudieron vender al contado esos preciosos objetos que llegaban a las casas de las gentes de bien de la América lejana, para beneplácito general, pues les permitían distinguirse de la chusma que debía fabricar sus propios muebles, sus propios utensilios y herramientas y su propia tela.

Cuando se terminó la colonia España dejó de recibir ese río de riquezas sin cuento y se sumió en una especie de sopor del cual saldría después de la muerte de Francisco Franco, que fue el colofón de las desgracias para ese pueblo conquistador que terminó pagando sus culpas con su propia barbarie, con el fusilamiento de Lorca o el bombardeo de Guernica, para no mencionar sino dos de los más vergonzosos episodios de la guerra que debieron librar en su lucha por salir definitivamente de la Edad Media e ingresar a la modernidad más reciente; no obstante, tuvieron que esperar a que ese dictador implacable, amigo de los Hitler y los Mussolini falleciera de viejo, pues se aferró a la vida en un intento vano de impedir que su pueblo saliera de la oscuridad de su mandato a la luz de una ilustración que les llegó tarde, como a nosotros.

Las tierras de minas del mundo americano, que generaron tantas riquezas que permitieron cambiar la historia económica del mundo fueron entonces para nosotros y siguen siendo tierras de pobreza y de penurias sin fin para quienes las trabajaron bajo el azote del capataz y para quienes las trabajan aún para el capitalista local o extranjero; para el esclavo o para el peón solo quedaron la malaria y las enfermedades producidas,



algunas de ellas conseguidas al estar horas con el agua de los ríos a la cintura, llenando sus bateas con la arena del fondo mientras otros terminaron aplastados o enterrados vivos por los socavones abiertos con técnicas rudimentarias que se desplomaban sobre sus cabezas.

En ríos de aluvión y minas de socavón, cuando el oro se termina, a quienes extrajeron la riqueza solo les queda el cuerpo maltrecho y el espíritu quebrado por la escasa comida, el abuso del alcohol, la incertidumbre del juego y por los tantos cuerpos que se alquilan para remediar el cansancio en las noches.

Con el tiempo, el dinero de la mina, la tierra y la tienda servirían para comprar el banco y la fábrica mientras el campesino, el minero, el arriero, la sirvienta, el artesano y el pequeño empleado buscaban algún salario y alguna mejora en su condición de expropiados.

Cuando el siglo XIX nació, ya estaba lejano el recuerdo de algunos que protestaron por la injusticia, formaron ejército que se dirigió a Santa Fe de Bogotá y fueron traicionados por Caballero y Góngora, quien después de negociar los términos de la terminación del conflicto reconociendo sus peticiones, siendo luego virrey desconoció los acuerdos y colgó de los árboles los trozos en que fueron repartidos los cuerpos de aquellos que querían justicia y trabajo para ellos y sus hijos.

Era el primer pacto de paz que se celebraba en territorio colombiano entre un grupo que se veía en la necesidad de pedir por la fuerza aquello que no se le otorgaba por la justicia, el derecho y la ley, y un estado celoso de conceder prerrogativas a los más débiles, ocupado como estaba y ha estado siempre en servirle oficiosamente a los más privilegiados.

Ese primer pacto, esa primera amnistía o esa primera rendición y entrega, terminaron en la traición de los acuerdos logrados, era un precedente funesto que se ha repetido una y otra vez, abriendo una brecha de desconfianza mutua entre privilegiados y sometidos por la fortuna; los primeros temen que les quiten sus haciendas y los segundos sienten el mismo temor de ser despojados de lo poco que les deja la codicia de los amos o de ser muertos y desaparecidos pues así se facilita la adquisición expedita de sus pocos bienes.





Pero aun siendo lejano, el recuerdo de esa primera traición siempre estuvo presente: significaba que esta era tierra de pocos dueños, y muchos, casi todos los demás, eran desheredados sin remedio.

Entonces tuvimos una guerra de independencia dirigida por aquellos que habían tenido la oportunidad de adquirir casa, cobijo y educación, no solo aquí sino en la misma Europa. Del amo español se pasó al amo criollo que se enorgullecía de su lejano ancestro peninsular sin rastro de sangre india o negra que enturbiara sus limpios apellidos y sus no muy limpias fortunas y el resultado fue esa independencia de los criollos ricos que ya no tendrían que esperar las órdenes de la corona Española, y la misma pobreza de los pobres quedó igual antes y después del puente de Boyacá.

Esa masa indiferenciada de campesinos pobres e iletrados cruzó los Andes a pie, sin apenas tener con que cubrir su cuerpo para protegerlo de las ventiscas de los páramos, anduvieron a caballo toda la América, desde los llanos de Venezuela hasta la altiplanicie de Bolivia. Terminada la guerra regresaron cansados y heridos a las chozas de siempre, a las faenas del ganado y a los sembrados que significaban el cansancio de las largas horas de jornal a cambio del pequeño pago que acaso le permitiría medio mitigar el hambre en el comienzo de la noche.

Hubo liberación del yugo español, ciertamente, pero no todos se liberaron porque para una mayoría silenciosa que no tuvo a nadie que la representara, solo se cambió una cadena por otra, porque la riqueza se siguió acumulando en las mismas pocas manos de siempre.

Los libertadores eran ilustrados, habían conocido el movimiento intelectual que buscaba en Europa y en Norteamérica la instauración de una nueva era sin clases nobles, sin privilegios de nacimiento, donde cada quien era igual a otro por el solo hecho de existir como ser humano.

Pero aquí la desigualdad siguió siendo la misma; los marcos de plaza continuaron siendo para las gentes de bien y los arrabales para una mezcla confusa de razas y oficios.

Y los nuevos amos no lograron acordar cómo gobernarían su nuevo reino y lucharon entre ellos con los mismos ejércitos campesinos



que les habían ayudado a luchar contra el dominio español, ejércitos que no estaban formados por hombres ilustrados sino por hombres trabajadores de pies descalzos, ignorantes de las letras, habitantes de las chozas, que solo tenían una capacidad inmensa para el sacrificio y para enfrentar a la muerte.

Con el tiempo esos nuevos siervos terminaron también enfrentándose entre sí, usando el nombre de sus nuevos señores como bandera, en una guerra sin contenidos ideológicos claros, rica en odios que pasaban de generación en generación de igual manera que los apellidos, y que nunca terminó, que aun tenemos y que solo cambió de nombre varias veces.

El siglo XIX se nos fue de guerra en guerra, a veces hasta más de una al mismo tiempo: los terratenientes se vestían de generales o de coroneles inventando algún tipo de uniforme que les pareciera adecuado para ese cargo que ellos mismos se daban, montaban sus caballos y salían a luchar acompañados de sus peones, de sus amigos y de los amigos de estos, en busca de un lugar en el manejo del estado, desde el cual pudieran excluir a los contrarios de toda posibilidad de voz y de acción política.

Parecía que lo único posible, cuando aparecía en escena un contradictor político era eliminarlo físicamente; no existió nunca la educación en el diálogo en un país que se fundó y se desarrolló con base en imposiciones, absolutamente jerárquico y piramidal, sin posibilidades reales de ascenso social, de confrontación ideológica pacífica, de conversación amistosa entre quienes tuvieran ideas contrarias.

Entonces llegó el nuevo siglo; el de los modernismos, las máquinas, los inventos, las grandes ciudades, de los inventos tecnológicos que cambiaron el mundo y las formas de vida, pero a nosotros nos tocaría empezar casi dando marcha atrás porque ese siglo XX nuevo nos encontró enzarzados en la más violenta de todas las guerras que tuvimos y que por desgracia casi nadie recuerda, tal vez porque el olvido de los hechos terribles nos da la idea falsa de que nunca ocurrieron.

1000 días duró el enfrentamiento, miles quedaron en los campos de batalla, perdimos parte del territorio cuando los liberales derrotados



quisieron seguir la guerra desde Panamá y los habitantes de esa tierra decidieron que no querían tener parte en estas absurdas y eternas guerras nuestras y llamaron a los Estados Unidos en apoyo de su independencia y estos, ni cortos ni perezosos, vieron la ocasión propicia pues ya olfateaban la posibilidad del canal y colocaron en el puerto de Panamá al acorazado Winsconsin donde se tuvo que firmar la paz entre los combatientes colombianos y además, como un corolario a la misma, debimos aceptar que Panamá era otro país, y para compensarnos por el despojo pagaron unos pocos millones de dólares que se ferieron los políticos de las décadas siguientes en lo que los historiadores han llamado “la danza de los millones”.

## Es que a Colombia se la han robado muchas veces

Y si el siglo comenzaba para el mundo como el tiempo de la ciencia, el progreso tecnológico, la ampliación del conocimiento sobre los secretos de la naturaleza y el desarrollo de la democracia, nosotros, en casi toda la América Latina, seguíamos viviendo en aldeas y pueblos pobres y retrasados y las riquezas del suelo seguían escapándose para otros espacios en el mundo: dejamos de ser propiedad de los españoles para serlo de los ingleses y luego de los norteamericanos, pasamos de mano en mano como mercancía en subasta.

En Colombia, liberales y conservadores se enfrentaron de nuevo, una vez olvidado el desastre de la guerra anterior, olvido que llegó pronto porque una de las virtudes nuestras es tener una memoria débil, tal vez porque no conocemos nuestra propia historia y por tanto estamos condenados a repetirla.

Los dirigentes políticos se enfrentaron entre sí, primero verbalmente en las instancias del poder mediante discursos floridos, inflamados e irresponsables que transmitía la radio que apenas comenzaba a llegar a pueblos y veredas y se escuchaba en las salas de las casas, en tiendas y cantinas e instaban a las masas de sus seguidores a que se enfrentaran entre ellos, no ya con las palabras o con las ideas sino con el filo de los machetes que se usaban en el trabajo del campo durante el día y en el combate a muerte en medio de las nieblas del alcohol por las noches.



Todo el país cayó víctima de una locura colectiva, bandas de hombres dueños de odios heredados secularmente recorrieron los caminos y asaltaron los pueblos y las veredas, dirigidos desde los directorios políticos y ayudados por los organismos del Estado supuestamente dedicados a cuidar la vida, honra y bienes de todos aquellos a quienes le quitaban la vida, el honor y la propiedad que habían logrado conseguir con su duro trabajo y el de sus mayores; a ese período de nuestra historia lo llamamos la violencia, tal vez porque la muerte imperó orgullosa en pueblos y veredas iniciando ese largo desfile de cadáveres que en aquellos días desfilaban lentos por las calles, al comenzar la mañana, amontonados unos sobre otros, en carros tirados por caballos cansados de cargar tantos muertos, y que hoy vemos pasar en los horarios estelares de los noticieros televisivos, cargados de la morbosidad que se quedó entre nosotros arraigada en atavismos que algún día quizás lleguemos a comprender cabalmente.

Cuando apareció en el horizonte político un caudillo clamando por el cese de la matanza y reivindicando derechos no cumplidos, la dirigencia político-social, tanto liberal como conservadora, aquellos que veían peligrar sus privilegios históricamente heredados por ese discurso que hoy llamaríamos un populismo de izquierda, lo eliminó y con él se eliminó una posibilidad de que otros sectores sociales fueran actores de su propia existencia, en una sociedad más justa, menos violenta, en la cual el Estado no actuara contra sus propios ciudadanos para provecho de pocos y dolor de todos los demás.

## Los esbirros

El siglo XX fue para la América Latina el de la eternidad de los dictadores: surgieron como hierba silvestre en todo el mundo americano, todos apoyados por capitales extranjeros e incluso transnacionales cuyo origen estaba en las economías dominantes que eran las de los Estados Unidos y la Gran Bretaña; hoy, en algún oscuro rincón de la historia están los Trujillo, los Somoza, papá Doc, José Vicente Gómez, Batista y muchos, muchos más como ellos o peores que ellos.

Fueron creados por la Doctrina de la Seguridad Nacional de Norteamérica, y por su democracia desenmascarada que solo actuaba al



servicio del poder económico de sus grandes señores que se ejercía libremente en las tierras de sus nuevos vasallos; éramos simplemente sus repúblicas bananeras y tenían razón en llamarnos de esa manera porque nuestros gobiernos requerían el beneplácito de la United Fruit Company para poder nombrar ministros que tuvieran que ver con sus negocios en esta parte del mundo.

Nadie sabe cuántos muertos resultaron en las bananeras del Magdalena nuestro cuando a reclamos de tipo social se les dio réplica militar en un enfoque extremadamente torpe pero que ha sido el común denominador de nuestra historia; al reclamo por el hambre se le opone el fusil que acalla para siempre las voces de protesta y entonces, en ese silencio de campo santo que sucede a la masacre se puede hablar de orden social.

No importa si el orden es inicuo, lo que interesa es que nadie diga nada, que todos tengamos que repetir a coro que todo está bien, que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Todos a sintonizar los canales nacionales de la TV para ver el reality de turno, la telenovela del momento, el desfile de reinas mostrando orgullosas la labor encomiable de los cirujanos plásticos y los diseñadores de moda; todos en coro repitiendo las mismas cosas de siempre, los encabezados de los diarios, las verdades de los noticieros, siempre tan superficiales como quienes las presentan, por lo general especialistas en leer, mas no en analizar en profundidad, porque aquí nadie quiere llegar al fondo de nada, quizás porque nadie sabe qué tan terrible puede ser aquello que nos encontremos allí, pues todo es posible en este país de espantos que todavía hoy aparecen en las noches para turbar el sueño de los campesinos que siguen creyendo firmemente en brujas y apariciones; tal vez tienen razón en verlos pues no sabrían diferenciar entre aquellos que salen de su imaginación y los que llegan armados en medio de la noche a tocar a su puerta.

Mientras tanto, resultaba ser una paradoja que en los Estados Unidos de Norteamérica se hubiera creado la primera nación moderna de la historia, que su Declaración de Independencia y su primera Constitución fueran documentos tan importantes como la Declaración de los Derechos



del Hombre y del Ciudadano y que en este siglo de progreso se convirtieran en los patrocinadores de tanto despojo y tanta injusticia.

Pero es que su democracia la entendían para ellos solos; nosotros éramos nada más que el patio de atrás de su casa, la huerta de la cual se obtenía lo que llegaba a su mesa, así que al ver en el horizonte el fantasma de la revolución socialista que nació a la vida en los estertores de la Primera Guerra Mundial, decidieron apoyar a todos los dictadores necesarios para combatirla y surgieron con el curso del siglo los militares golpistas al servicio de la Escuela de las Américas: los brasileros, la junta argentina, Pinochet.

Nació entonces la eterna noche de los lápices: del Cantón Norte a las sedes de la armada en Argentina y Chile.

Los ciudadanos fueron enterrados vivos, arrojados desde aviones de las fuerzas armadas nacionales, sepultados en fosas comunes que apenas ahora comienzan a revelarse, encerrados en calabozos sin fórmula de juicio, hombres, niños y mujeres a quienes se arrebataron sus hijos, algunos de ellos resultado de las violaciones sistemáticas a que fueron sometidas, hijos que se repartieron como regalos de diciembre entre generales golpistas y torturadores, cuyos nombres apenas comienzan ahora a darse a conocer, algunos de ellos juzgados por justicias distintas a las nuestras, demasiado débiles y amenazadas para ser capaces de enfrentar esa responsabilidad.

Como parte de esa guerra sucia los organismos de seguridad y los ejércitos de la América Latina se pusieron al servicio de los intereses privados, parte nacionales, parte transnacionales y se creó el terrorismo de Estado como opción o respuesta a un reclamo general por mejor educación, salud, vivienda, trabajo e ingreso, por una mejor distribución de las riquezas que deberían ser patrimonio común.

## Colombia

En Colombia, la oscura noche de la violencia política de las luchas liberal - conservadoras dio paso a la lucha entre izquierda y derecha; las bandas de autodefensas campesinas intentando defenderse de un Estado atacante,



pasaron a ser tuteladas por la URSS o por la China Maoísta, bajo la inspiración de la Revolución Cubana de Fidel Castro y Ernesto Guevara; se iniciaba otro capítulo de esta guerra nuestra de cada día, que comenzó una vez en los albores de la independencia en plena Patria Boba y que no tiene visos de terminar; cuántas generaciones de Colombianos nunca tuvimos la posibilidad de recorrer los caminos, de navegar en los ríos, de acampar en los páramos o en los extensos y calurosos llanos del Orinoco, por temor a ser asesinados en la noche o secuestrados y nunca devueltos a la vida cotidiana, encadenados para siempre a cualquier árbol, en cualquier recodo de una selva infinita sin esperanza de volver a compartir una comida con la familia y los amigos, que tienen que vivir con el recuerdo permanente de toda esa ausencia.

La revolución socialista, esa que nos llega a nosotros con medio siglo de retraso, como nos ha llegado casi todo, pareció extenderse por todo el mundo americano una vez calmados los estertores de la Segunda Guerra Mundial, con distintas facetas en cada país, y en la misma medida que se hacía cada vez más evidente su desarrollo, se hizo más dura su represión por parte de todos esos gobiernos amigos de una Norteamérica triunfante, que salía de ese cataclismo global de los cuarentas como la nación más rica de la historia, con las fuerzas armadas más poderosas, única dueña de la fórmula mágica que permitía desaparecer ciudades enteras en cuestión de segundos; pasamos a las guerras sucias de la segunda mitad del siglo XX en Centroamérica, al dolor de las atrocidades cometidas en Guatemala, el Salvador y Nicaragua, incendiadas de principio a fin por los grupos de izquierda apoyados por la URSS e inconscientes de ser solo peones en el tablero de la política internacional que solo tenía dos jugadores importantes, esa misma URSS y los EE.UU, que conscientes de la imposibilidad de enfrentarse entre sí por la conciencia de que nadie resultaría victorioso en esa confrontación, jugaron a la guerra de guerrillas en todo el Tercer Mundo, y si esas izquierdas eran apoyadas por ellos, las derechas lo eran por el coronel North y el presidente Reagan, que les dieron el nombre de luchadores de la libertad; lo que nunca contaron era que estaban financiados ilegalmente con dinero del narcotráfico introducido por el gobierno Norteamericano a su propio territorio a cambio de armas para esos ejércitos de sicarios.

En América del Sur, también surgieron desde guerrillas urbanas más o menos románticas hasta grupos de la dureza y la criminalidad de



Sendero Luminoso, inspirado en la brutal enseñanza de un Stalin y del Mao Ze Dong del gran salto adelante y de la revolución cultural, dirigida por un asesino paranoico con aires de mesianismo que hoy pasa sus días y sus noches en la profundidad de una prisión subterránea excavada en una isla frente a las costas de Lima.

Aparecen en escena nuevos actores ya en los últimos decenios del siglo: el neoliberalismo, que pone un continente a la venta a precios de oferta y el narcotráfico con toda su carga de perversión; estos azotes nos tocaron a nosotros principalmente pero por desgracia no fuimos los únicos en padecerlos.

La política económica de las grandes potencias decidió también que estos pobres países no habían sufrido ya lo suficiente y colocaron estas economías a la disposición de sus capitales sobrantes que a través de la banca internacional nos prestaron dineros en condiciones y cantidades tales que las deudas llegaron a ser tan grandes que jamás podremos pagarlas; habíamos pasado de ser exportadores de oro y de materias primas a ser exportadores de dinero.

Mientras tanto, el pueblo seguía allí, expectante de que algún día esa clase dirigente, enclaustrada en sus privilegios, se dignara echar una mirada a su tristeza; como nunca lo hicieron, la izquierda, tanto la intelectual como la armada si le prestaron atención prometiéndole esa redención que nunca llegaba.

Ese pueblo es la masa confusa que somos los más, los casi todos, pues son pocos los privilegiados, siempre camuflados en sus eventos sociales, en sus salones de negocio, en sus vuelos de 1ª clase a todos los continentes, en sus vacaciones en Europa, su ropa de marca, sus automóviles de lujo, sus asientos de primera fila en la ópera y en las casas de subasta de obras de arte, y siempre, siempre amigos del gran capital internacional al cual le rinden culto de manera constante.

Para esa élite siempre fuimos masa anónima: los comunes, los que estamos por ahí, siempre disponibles para el sacrificio en defensa de sus fortunas, a las cuales ellos llaman patria.





Ese pequeño sector privilegiado se pudo asomar a los beneficios de la modernidad mientras un número demasiado grande de ciudadanos de segunda clase ni siquiera sabe que existen esos beneficios, ocupados como están en la búsqueda frenética de alguna comida, de vez en cuando, y su futuro no es otro que el de los salarios mínimos, su casa no es otra que los 40 metros cuadrados de interés social, y eso cuando logran tener acceso a tanta suerte; si no, entonces se quedan en el inquilinato, donde muchos comparten muy poco o cada quien defiende lo suyo con uñas y dientes.

Para muchos, tal vez demasiados de esa clase, la vida les presentó como oferta una salida en falso, como un salto al vacío, sobre todo para tantos jóvenes sin futuro, salida que les significó vincularse a bandas armadas al servicio de todo tipo de delincuencias, otros más cayeron y siguen cayendo derrumbados por su adicción al alcohol y a las drogas y un tercer grupo surte de efectivos a las guerrillas de todos los matices; los más afortunados esperan sentados en las esquinas de sus barrios a que resulte algún trabajo esporádico que les permita engañar al hambre de todos sus días.

Si resumimos esta historia nos encontramos con que en Colombia hemos recorrido un largo camino de violencia y ahora estamos entre dos extremos, el de grupos que masacran, secuestran y mutilan por apoderarse de la tierra y de sus habitantes a nombre de gaseosos proyectos de refundación de la patria y otros que usando como escudo proyectos igualmente gaseosos de refundación socialista, igualmente masacran, secuestran y mutilan.

Entre nosotros, en la segunda mitad del siglo XX, Las FARC, la formación más poderosa militarmente entre todas las que hicieron parte de este largo conflicto, convirtieron primero su autodefensa campesina en proyecto ideológico socialista que se pervirtió más tarde cuando confundieron los fines con los medios y practicaron a destajo el asesinato, el secuestro y el narcotráfico, para caer en la común denominación del terrorismo moderno.

Otras guerrillas, algunas de ellas igualmente delirantes, surgieron por todos los rincones de este extenso territorio; algunas desaparecieron de la escena militar y política, otras se dedicaron a cuidar cultivos de



coca para los nuevos amos del narcotráfico, alguna que otra se especializó en secuestrar ciudadanos para negociarlos con otros grupos y muchos decidieron dejar el campo y vincularse a nuevas formas de lucha en los amplios cinturones de miseria de nuestras ciudades, alimentados durante decenios por todos aquellos que huían del terror y buscaban amparo en calles y avenidas que lo único que les ofrecieron fue un espacio para mendigar junto a sus hijos, que después de crecer en medio del abandono y la indiferencia se convirtieron en dueños de tribus urbanas que sembraron un terror nuevo, el de ser adolescentes armados, indiferentes a la muerte y alquilados a cualquiera que pudiera o quisiera pagar por la eliminación de alguien que le debía cualquier cosa; ese reinado del terror está hoy presente en los barrios marginales de todo Colombia, como una de las secuelas de este conflicto que no hemos podido resolver todavía por medio de una conversación civilizada.

## El siglo XXI

Llegamos entonces a grandes saltos hasta este naciente siglo XXI y nos hallamos ante la disyuntiva de una derecha cuya ambición es apoderarse de todas las riquezas posibles y de dos izquierdas: una izquierda dura, que intenta recoger las banderas de un Fidel Castro agonizante, y que teniendo como nuevo líder a Hugo Chávez, continúan con un proyecto de inspiración marxista con tintes de castrismo, populismo, elecciones universales en las que un solo partido puede llegar realmente al poder, y que juega en la escena internacional al impulso de su petróleo, con un discurso agresivo, a veces carente de un mínimo tono diplomático, con ideología de cuartel, de discurso de plaza popular; bajo sus banderas hacen carrera Evo Morales y Correa y habrá que esperar un poco para saber que tanto le ha enseñado la historia a los nicaragüenses para definir el nuevo mandato de los Sandinistas.

Esta línea busca confrontaciones abiertas con el poder norteamericano, las multinacionales y también con el gran capital internacional; y de esas confrontaciones es fácil predecir que no hay ninguna posibilidad de salir triunfantes pues la experiencia histórica nos enseña que las cuerdas siempre se rompen por su lado más débil y ese lado más débil somos nosotros, los latinoamericanos, sin distinciones de color y de ideología política.



En esa confrontación desigual se pagará un costo enorme en economías arruinadas, en vidas humanas y en esperanzas que se frustrarán nuevamente, pues ya podemos mirar cual será el resultado que tendremos, nos basta mirar hacia la Europa del Este, que con este tipo de socialismo a ultranza y de utopías totalitarias que negaban el valor de la persona humana, una vez caída la cortina de hierro solo dejó ver naciones atrasadas en casi todos los órdenes del desarrollo.

De otra parte, hay otra experiencia, más cercana a lo social-democrático, que está representada por Michele Bachelet, Lula da Silva, Kirchner y Tabaré Vázquez; esta izquierda sabe que debe coexistir con el gran capital internacional, que debe hacer presencia en los foros mundiales, que no se confronta violentamente con los Estados Unidos o con Europa, sino que negocia con ellos exigiendo un respeto a su autonomía y a las características individuales de su política y su economía; saben que en sus países hay una inmensa deuda social por pagar y que el neoliberalismo rampante no es el camino adecuado para lograrlo.

Nosotros en Colombia estamos a mitad del camino, rodeados por izquierdas de todos los matices y por derechas que se arrogan el derecho a decidir quién puede vivir y quién debe morir en aras de mantener incólumes sus privilegios, con un gobierno conservador que esgrime un discurso de guerra total, con una confrontación militar y verbal donde no está ajeno el odio provocado por daños provocados desde muchas generaciones antes de este tiempo que nos tocó vivir.

Estamos ante la posibilidad y la necesidad de terminar un conflicto eterno y una de las cartas para jugar con miras a terminarlo alguna vez es la posibilidad de un gobierno de izquierda que acceda al poder por el voto popular, con un discurso creíble, realizable, enemigo de las confrontaciones imposibles, con buena distancia del chavismo venezolano, más cerca al experimento brasilero que parece ser el más exitoso en términos de resultados, y mirando siempre lo que pasa en Chile, Argentina y Uruguay, que tan bien nos muestran ese camino político como posible salida a tanta barbarie.

Un gobierno de esta clase debería tener la oportunidad de llevar a cabo una negociación con todos los actores armados que no tendrían entonces excusa para no hacerlo pues se ofrecería a cambio de dejar la



violencia como medio, la reforma de la sociedad que permita que los menos favorecidos puedan acceder a niveles de justicia social y de dignidad; eso sí, respetando las libertades individuales y el sistema democrático lo cual implica que si ese gobierno fracasa en sus propósitos pueda ser castigado en las urnas y mientras gobierna su acción pueda ser fiscalizada y criticada por los organismos de control político y ciudadano.

Porque el mandatario es empleado de los ciudadanos y no tiene derecho a impedir que estos le pidan cuentas del mandato que le dieron ni puede molestarse por ello.

Y, además, hay que considerar que estar ideológicamente en un campo opuesto al del gobernante no es atentar contra el Estado porque en este siglo que vivimos el gobernante no es el Estado; el Presidente de nuestra república no puede decir: “el Estado soy yo”, como lo decía Luís XIV hace 4 siglos; los funcionarios públicos trabajan para nosotros y no al contrario y tienen el deber de rendir cuentas y de pagar si el balance no es el correcto.

Debería ser un gran delito el apropiarse de lo público y el castigo tendría que ser igualmente ejemplarizante.

Como personas que encarnen esa opción política, necesitamos el discurso académico, el tono mesurado, la experiencia profunda de quienes en algún momento se vieron involucrados en cualquiera de los campos de lucha, siempre y cuando no hayan incurrido en delitos contra la humanidad, como requisito indispensable para hacer parte del juego democrático, creando un proyecto político de izquierda en Colombia, de esa izquierda inteligente que ofrezca terminar no solo con el desangre sino también con la injusticia social secular en esta parte del mundo.

No necesitamos el discurso demasiado beligerante, demasiado dañino para un país que necesita ante todo un alto en la matanza y una conciliación de los espíritus.

El tiempo dirá si esa posibilidad es real o no, hay factores que juegan un papel importante, como el desprestigio de los políticos



tradicionales y de sus partidos, demasiado involucrados en juegos oscuros e históricamente incumplidores de todas sus promesas electorales.

De todas maneras, no puede ser un proyecto a corto plazo, tenemos que aprender a comenzar a construir lo que generaciones futuras van a aprovechar, nosotros solo podemos poner las bases, nada más; ya no nos tocó vivir en un país en paz, pero es posible que les toque a otros en el futuro

También hay que contar para que ese futuro sea alcanzable, con la posibilidad de dejar de lado el magnicidio en el cual tenemos tanta historia que contar, y es de esperar que estos nombres que puedan aparecer como una posible salida política a errores históricos como el de marginar a la izquierda política durante todo el siglo XX, sobre todo durante el Frente Nacional, no se repitan, que no volvamos a la experiencia de ver como las fuerzas oscuras les dan el mismo fin que a Gaitán, a Bernardo Jaramillo, a Carlos Pizarro y a tantos otros.

Para lograrlo se requiere la conformación de una sociedad civil que asuma el protagonismo de su propio destino, excluyendo del mismo por vía democrática a todos los que concibieron el Estado como caja menor de su avaricia sin límites, que rechace la violencia, venga del lado que viniera, desde la izquierda o desde la derecha y que exija respeto a sus derechos fundamentales y a la posibilidad de acceder a los beneficios de la vida moderna, inscribiéndonos en el coro de naciones desarrolladas del cual ahora mismo no hacemos parte porque no nos aceptan.

Ahora bien, si escogiéramos una vía socialista como posibilidad política que permitiera dejar a un lado las injusticias crónicas de las sociedades latinoamericanas, hay que hacer hincapié en que no se trata de querer totalitarismos de Estado ni dictaduras del proletariado y que habría que exigirles respeto a principios básicos, que difícilmente han sido ganados por la modernidad y que serían:

- El respeto por la persona humana; ser socialista en un concepto del siglo XXI no puede significar que el individuo le pertenezca al gobernante; el respeto al individuo pasa por reconocer su particularidad, así como la particularidad de grupos étnicos o culturales que tampoco tienen que renunciar a aquello que los caracteriza específicamente.



- No se trata por lo tanto de una sociedad en la cual no se respeten los derechos de libre pensamiento, libertad de asociación, de reunión pacífica o de opinión. Todo lo contrario, estos derechos básicos deben ser respetados hoy ya sea en un Estado de corte liberal o en uno cuya tendencia sea socialista.
- Los derechos anteriores deben tener un elemento común y es la libertad de hacer parte de formaciones políticas que incluso sean contrarias al socialismo y que eventualmente, por vía electoral, pueden asumir la dirección de la sociedad; es decir, un socialismo en el sentido actual debe jugar plenamente en el espacio de lo democrático, sometiendo su gestión a la verificación que los ciudadanos hagan de ella en comicios electorales libres y universales.
- Por consiguiente, a nadie se puede constreñir para que adopte como propia la ideología de un partido de gobierno, y este debe admitir toda clase de oposición política que se lleve a cabo dentro de los límites de la ley, es decir, que no sea delictuosa o terrorista.

Mientras tanto tendremos que aceptar que no hay antecedentes en la historia política latinoamericana que nos permitan juzgar sobre la bondad o no de un proyecto político de izquierda que se haya consolidado, ya que los mismos apenas están desarrollándose ahora mismo y serán ejemplo pero hacia el futuro.

Hay que recordar que la revolución castrista no es ejemplo válido porque ha sido sabotada con un embargo comercial que ya tiene medio siglo de existencia; el ejemplo chileno se abortó por el golpe militar de Pinochet y la revolución sandinista fue sabotada por los contras financiados por intereses oscuros de origen norteamericano.

Los nuevos ejemplos de Chile, Argentina, Brasil, son nuevos, habrá que esperar unos años para ver qué clase de resultados tuvieron.

No podría dejar pasar en blanco una referencia crucial y es el impacto que tendrá no solo sobre Latinoamérica sino sobre el mundo, el experimento Chino, con su pragmatismo económico en medio de una política ideológicamente socialista.



Hoy todos los ojos parecen mirar hacia esa experiencia que los colocará como la primera potencia del mundo no mucho más tarde que dos décadas en el futuro.

Así como el radicalismo chino fue tomado como ejemplo por grupos extremistas latinoamericanos, es posible que su actual política post-maoísta, sea tomada como un ejemplo en el futuro; advirtiendo eso sí, que la cultura China y la latinoamericana son diferentes y que aquello que es posible en una población que durante siglos asumió elementos del budismo, el confucionismo y el taoísmo como parte de su cultura tradicional, no necesariamente puede darse en una población tan alejada de esos elementos que les aportaron a ellos posibilidades de conocimiento personal, una ética y una disciplina; nosotros nos educamos de tal forma que necesitaremos dos o tres generaciones en el curso de las cuales dejemos de lado el egoísmo rampante, la indisciplina y la indiferencia con los otros que tanto daño nos han hecho.

Somos una cultura específica, distinta, se nos han aplicado hasta ahora proyectos económicos y sociales tomados de todas partes; quizás ya sea hora de uno que sea autóctono, que surja de las características específicas de nuestra población y de todo el acervo cultural que nos individualiza del resto del mundo; simplemente habrá que esperar a ver si alguno de esos proyectos actuales u otros nuevos aparecen en la escena política en un futuro próximo.

Nos toca esperar para conocer si ese destino de una mayor justicia social, de rechazo a la violencia y la exclusión de todo orden es posible y mientras esperamos debemos educar a las nuevas generaciones en el estudio y conocimiento de la historia, tanto la antigua como la nuestra que se va haciendo cada día y en los valores de la tolerancia, la democracia real y el diálogo como única forma de solución de todos los conflictos posibles que necesariamente van a surgir en el proceso de constitución de las nuevas sociedades que nos esperan. ●





## Referencias bibliográficas

- Alonso, Manuel. (2001). *Ciudadanía y derechos humanos sociales*. Medellín: Escuela Nacional Sindical.
- Behar, Olga. (1985). *Las guerras de la paz*. Bogotá: Planeta.
- Bejarano, Jesús. (1995). *Una agenda para la paz*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Bushnell, David. (1996). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta.
- Cortés, Hernán. (1994). *Cartas de relación*. Madrid: Globus Comunicación.
- De las Casas, Bartolomé. (1985). *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Editorial Sastre.
- De la Corte, Luis. (2006). *La lógica del terrorismo*. Madrid: Alianza.
- Díaz, Ruy. (1994). *La Argentina*. Madrid: Globus Comunicación.
- García, Gabriel. (1986). *La aventura de Miguel Littín, clandestino en Chile*. Bogotá: Oveja Negra.
- Giraldo, Jorge (2001). *El rastro de Caín. Guerra, paz y guerra civil*. Bogotá: Escuela Nacional Sindical.
- Guevara, Ernesto. (1994). *Diario de Bolivia*. Madrid: Globus Comunicación.
- Martínez, José y Otros. (1996). *Historia del mundo actual*. Madrid: Marcial Pons ediciones jurídicas y sociales.
- Medina, Carlos. (1996). *ELN, historia contada a dos voces*. Bogotá: Rodríguez Quito.
- Palacios, Marco. (1999). *Parábola del liberalismo*. Bogotá: Norma.
- Payne, Stanley. (1994). *La España imperial*. Madrid: Globus Comunicación.
- Ríos, José. (1998). *Liberación en el Caguán*. Bogotá: Planeta.
- Villamizar, Darío. (1997). *Un adiós a la guerra*. Bogotá: Planeta.